

EL TEXTO DEL DISCURSO EN LA PROPAGANDA POLÍTICA ARGENTINA*

Ángel Rodríguez Kauth

ÁNGEL RODRÍGUEZ KAUTH
PROFESOR DE PSICOLOGÍA SOCIAL
Y DIRECTOR DEL PROYECTO DE
INVESTIGACIÓN PSICOLOGÍA POLÍTICA
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
DE SAN LUIS (ARGENTINA).
(akauth@unsl.edu.ar)

* Artículo basado en el estudio «Análisis del discurso en la propaganda política argentina» realizado por el autor a partir del análisis de los discursos políticos de aspirantes a cargos electivos en Argentina.

RESUMEN

El objetivo de este artículo es pasar revista al proceso de vaciamiento de los discursos políticos en la realidad política contemporánea que se vive en Argentina. Los candidatos a cargos electivos hacen propuestas triviales que de suyo son obligatorias para cualquiera que se precie de representar a alguien, pero faltan propuestas políticas serias para sacar al país de la crisis en que está inmerso.

PALABRAS CLAVE: Discursos, realidad política, crisis.

ABSTRACT

This paper is intended to review the emptyness process on political speeches in the country's current political reality. Political candidates make trivial proposals which are obligatory to anyone who desires to represent someone, but serious political proposals to get the country out of the crisis are lacking.

KEY WORDS: *Speeches, political reality, crisis.*

Al escuchar –o leer– los discursos preelectorales de los candidatos políticos a cargos electivos, tanto legislativos como municipales –en especial los de segundo nivel, es decir, aquellos que no tienen capacidad operativa como para «bajar» líneas políticas definidas sino que son los que ocupan los lugares de tercero o cuarto para abajo en las siempre tramposas y perversas listas sábanas¹–, no es de extrañar que en Argentina el oyente de tales discursos –o el espectador por los medios visuales– constate que los mismos están fundamentados en lo que se denomina el espacio de los «lugares comunes». Es decir, no importa la extracción política de la cual provengan los textos que utilizan los políticos, la mayoría de los discursos de los candidatos están vacíos de contenidos programáticos (Rodríguez Kauth, 2000) y se repiten cual un sonsonete a sí mismos. Están llenos de promesas y palabras huecas que –en general– nadie se propone cumplir cuando gobierne, ya que se manejan con pactos espurios con los grandes centros de poder económico para ser aplicados a la hora de gobernar y a espaldas del electorado que confió en aquellas promesas que sonaban más a cantos de sirenas que a programas realizables.

Es que el discurso político debiera ser algo más que promesas vagas imposibles de cumplir, o las clásicas garantías que se ofrecen –en meras palabras y no desde la ética de la responsabilidad (Weber, 1929)– al elector acerca de las cualidades de la persona del candidato en cuanto a su confiabilidad², honestidad, laboriosidad, honradez, veracidad³ y otras muchas adjetivaciones laudatorias que terminan por ser ridículas, no solamente por la obviedad que ellas implican, sino básicamente en razón de que tales atributos con que suelen definirse no debieran ser motivo alguno de diferenciación entre ellos. Tanto la transparencia en el futuro gubernativo como legisladores o ediles, como la honestidad y

1 Sistema electoral que permite «esconder» candidatos de escasa fiabilidad detrás de nombres conocidos por el electorado (Rodríguez Kauth, 1997).

2 Para creer de manera ingenua, aunque raramente demostrada a lo largo de su experiencia política.

3 En las últimas elecciones legislativas del año 2001 hasta llegó a haber una dirigente –muy batalladora ella– quien decía ser la «dueña de la verdad», como si ésta fuera una sola. Se trata de la diputada –ex radical– que ha formado su propio partido y que se presenta como candidata a presidente para las elecciones de 2003, conocida como «Lilita» Carrió y que continúa con su discurso poseedor de «la verdad revelada» de manera divina, luego de haber mantenido «contactos» esclarecedores con Dios (Majul, 2002).

el empeño puesto en su trabajo parlamentario, como también la honestidad, son cuestiones y categorizaciones tan obvias a requerir que no sirven como parámetro que diferencie entre unos y otros candidatos.

Sin embargo, es fácil observar que en la mayoría de los casos, salvo en el de los candidatos de los partidos ubicados en la izquierda – que mientras más a la izquierda se colocan menos presentan tal tendencia a la vacuidad ideológica, aunque mayor sea su delirio en cuanto a proposiciones que no necesariamente han de ser pragmáticas para ser plausibles–, en general se trata en el discurso solamente de enfatizar características que se pretende sean de orden personal, pero que no llegan a ser siquiera la síntesis de un programa político y que, en todo caso, las mismas debieran estar implícitas en todos aquellos que compiten con la pretensión de tener la oportunidad de legislar, y para lo cual piden al electorado su apoyo.

En última instancia, entiendo que con tal simplificación de estrategias en el discurso expositivo, no solamente los miembros de la «clase política» –tal como fuera definida por Pareto (1916) y Mosca (1926)– están vaciando el contenido del pensamiento ideológico y político que debiera sustentarlos. Lo notable no es que tal fenómeno provenga precisamente de quienes pretenden ser los dirigentes encargados del manejo de los destinos de la población sino que, lo que es peor aun para la «salud política» nacional, con tales metodologías están produciendo el vaciamiento –y a la vez el viciado– del contenido del pensamiento de la masa, a la cual dirigen sus discursos. Vale decir, los políticos no dicen otra cosa que lo que su auditorio desea escuchar –lo mismo que al fin y al cabo hacemos la mayoría de los mortales con mayor o menor ignorancia del hecho cuando nos dirigimos a otros– según sea el lugar y el momento elegido para cada uno de ellos (Rodríguez Kauth, 1992). Esto obedece a que lo que importa dentro de la crisis de valores en que estamos inmersos es satisfacer la necesidad narcisista del aplauso fácil y, por encima de todo, obtener el favor electoral de los votantes al momento de ejercer su derecho cívico. Aunque, preciso es señalarlo, más allá de aquel goce egoísta de tipo narcisista mencionado, lo que está influyendo de manera decisiva en tal opción por satisfacer las demandas del electorado, está centrado en una suerte de efecto retroalimentado (Wiener, 1947) que se produce entre el elector y el candidato a través del uso y abuso de las encuestas de opinión pública,

tanto de las preelectorales (Rodríguez Kauth, 2000b) como las que se realizan durante los períodos intermedios que median entre una elección y la siguiente y que les permiten saber cómo circula «la onda» de la opinión pública para montarse sobre ella y armar nuevos discursos –maquillados de manera diferente– pero que repiten las fórmulas tradicionales con que se han estado moviendo durante los últimos veinte años, es decir, desde la reinstalación de la democracia en el país.

Es que la «gente»⁴, como consecuencia de los altos índices de corrupción –y la impunidad que viene normalmente asociada con aquélla– imperantes en el país (Rodríguez Kauth, 1999) ha optado por abandonar la creencia y confianza en los programas políticos partidarios (Cheresky, 2002). Es que –en última instancia– éste ha sido el resultado no previsto por los políticos profesionales de que la ciudadanía sabe de antemano que va a ser defraudada en sus demandas legítimas para exigir de sus representantes respuestas de tipo programático o, al menos, pragmáticas que permitan superar la crisis económica, social y política en que estamos sumidos desde hace al menos un lustro (Rodríguez Kauth, 2002). Todo esto ha conducido a que los ciudadanos apunten no tanto a tomar como propias las políticas que tiendan a solucionar los problemas que los aquejan cotidiana y sistemáticamente, sino a asegurarse y a exigir –aunque no sea sino depositando una confianza ingenua, aunque cargada de esperanzas en no ser defraudados– capacidades de los candidatos que deben ir siempre tomadas de la mano, como son la honestidad y la laboriosidad de los mismos⁵.

Toda esta lastimosa realidad –trás más de tres años consecutivos de caída libre hacia el vacío– es como si la democracia vernácula viviera en un estado «virtual» –el llamado a las urnas durante el 2001 fue solamente una suerte de espejismo⁶, como también lo es el realizado

4 Término que normalmente se utiliza para nombrar a los «otros» (Magallanes, 1993), nunca al discente del texto.

5 Características éstas que en los últimos 50 años de vida política institucional han estado escasamente presentes tanto en los parlamentos como las áreas del Ejecutivo, ya que quienes han ocupado esos lugares han preferido servirse de la política para sus fines espurios y egoístas, que servir a la política con un objetivo altruista o, al menos, que no sea de «salvación personal».

6 En las calles, entre la atiborrante propaganda política, suele destacarse un grafitti que adquiere relevancia y que confirma el imaginario que transita a la población: «No quiero más realidad, quiero promesas».

para abril de 2003⁷–, que trae como consecuencia un efecto perverso de retroalimentación, por el cual los políticos vacían de contenido sus discursos, por lo que se ven obligados a llenarlos de lugares comunes, pero, paradójicamente, el electorado tiende a no creerles a aquellos que se dicen honestos y laboriosos –junto con otros adjetivos calificativos laudatorios sobre sí mismos–, ya que la experiencia de los ciudadanos en estas cuestiones les indica que siempre que escucharon tales cantos de sirenas han sido engañados por los protagonistas de la escena, tanto en la de la política como en la de la economía, que en estos últimos cinco años se ha convertido en la protagonista principal de los hechos políticos y sociales más notables; al punto que provocaron la huida de De la Rúa del gobierno en diciembre de 2001 ante el clamor popular por sus desaciertos económicos.

Mas, en una vuelta de tuerca que se les efectúe a los hechos descritos, es fácilmente observable cómo los políticos responden a las demandas de la «gente» cuando aquéllas se expresan a través de las encuestas de opinión pública. En todas ellas, los principales reclamos de la ciudadanía son por el retorno a la vigencia de valores perimidos –a lo que fueron valores utópicos y que hoy son sinónimo de ingenuidad o estupidez, tal como vienen siendo planteados desde las cúspides del Poder por los instrumentos mediadores hegemónicos– como lo fueron la honestidad en la función pública –tanto en la lucha contra la corrupción y la impunidad con que aquélla actúa como en el testimonio individual de la misma, es decir, que trabajen y que no roben en su trabajo–; la laboriosidad y la ejecutividad, ambos elementos que están faltando en los legisladores que dejan pasar el tiempo de las sesiones para asistir a un partido de fútbol, o que en medio de álgidas discusiones se entretienen hablando por sus teléfonos celulares, cosa que reproducen las pantallas televisivas, cuando se están tratando proyectos de suma importancia en los recintos legislativos y, fundamentalmente, el respeto por los compromisos asumidos en sus campañas electorales.

7 El cual está inscrito bajo la consigna popular de «que se vayan todos», vale decir, la gente de a pie está cansada de las viejas estructuras y personajes de la política y clama a gritos en las calles por nuevos dirigentes en reemplazo de quienes los han estado traicionando por años.

Si se quiere, esto puede ser representado analógicamente como un juego semejante al del perro que se muerde la cola; en tanto los de abajo piden algo que es fácil de prometer, los demandados prometen aquello que les resulta a la vez cómodo y fácil de incorporar a sus discursos de campaña electoral. Mientras tanto, los proyectos políticos como tales se han quedado perdidos en aguas de borrajas. Históricamente se han acabado los tiempos aquellos en que los candidatos, juntamente con los partidos a los que representaban, se encargaban de elaborar complejas plataformas electorales en las cuales desmenuzaban punto a punto cómo llevarían a la práctica sus propuestas en caso de ser elegidos y, sobre todo, con el objetivo de ser electos en función de aquellas propuestas. Las mismas iban desde las políticas que pensaban aplicar en la macroeconomía hasta cuestiones de seguridad social; la solución de problemas referidos a la política interior y de, por ejemplo, algo tan elemental como las estrategias de represión del contrabando y persecución de los evasores fiscales, con objeto de mejorar la recaudación impositiva, tan necesaria para las arcas del Estado y su posterior devolución a la población en obras y servicios de las cuales está tan necesitada y urgida la gente que día a día vive en condiciones de una mayor miseria material y espiritual.

No se trata de que estemos ante lo que Estefanía (1997) –entre muchos otros autores contemporáneos– definió como el Pensamiento Único y que se ha puesto de moda referirse a él en las ciencias sociales y en el quehacer politológico. Tal pretendido «pensamiento único» –que no significa lo mismo que pensamiento hegemónico– no existe ni ha existido jamás mientras se viva bajo la formalidad democrática de votar periódicamente; en todo caso se podrá hablar de pensamientos pregnantes, hegemónicos en determinados contextos espacio-temporales –en la actualidad globalizada es posible hacer una generalización de la hegemonía de pensamiento a lo que comúnmente se conoce como la «democracia occidental y cristiana»–, pero esto no quiere decir que se hayan silenciado los pensamientos discordantes con respecto a los supuestamente hegemónicos. Esta diferenciación no se da porque el sistema político capitalista –como en su momento de mayor gloria lo fue el materialista histórico, interpretado políticamente por el comunismo soviético– no haya deseado que así fuera. Esta diferenciación fenoménica obedece a que en la historia de las ideas siempre han dicho

presente los pensamientos laterales, la expresión de las ideas que entran en contraposición a las que creen hegemonizar los espacios de poder, las que suelen testimoniarse –principalmente– a través de uno de los aparatos ideológicos del Estado que están al servicio de la hegemonización y la dominación de los súbditos (Poulantzas, 1967), cual es –entre otros, de modo fundamental– la prensa libre y no comprometida, la cual sirve de vehículo para la expresión de los pensamientos que se oponen al «sistema».

Es que con la propia prensa –oral, escrita o televisiva– sucede un hecho semejante, también tiene presencia en ella la prensa *outsider* dentro de los sistemas políticos que se pretenden democráticos. Esto obedece a una doble razón: a) si el sistema capitalista la prohibiese, perdería el calificativo de democrático con el que suele solazarse hasta enorgullecerse y que tanto apetece colgar de sus marquesinas; y b) les permite demostrar que es falso lo del «pensamiento único», argumento al que recurren reiteradamente –y a veces equívocamente– aquellos que sostienen pensamientos disidentes o «progresistas»⁸.

La disquisición paralela sobre el funcionamiento de los aparatos hegemónicos del Estado, en particular habiendo hecho referencia explícita a la prensa, no fue ociosa ni casual. Es que la prensa es el instrumento que en la actualidad funciona de polea de transición entre la base, el gran público –la gente de a pie– y la cúspide de las dirigencias políticas. De ahí que se produzca aquel efecto de retroalimentación entre ambos estamentos que señalamos unos párrafos más arriba.

En la Argentina, que entró en el tercer milenio con resabios de prácticas políticas perversas al mejor estilo decimonónico, las instituciones han venido perdiendo prestigio y credibilidad frente a la población a pasos agigantados durante los últimos veinte años. Esto no es un dato menor ni producto de especulaciones intelectuales trasnochadas. Según datos secuenciales provistos por la encuestadora Gallup Argentina, la confianza en los parlamentarios disminuyó desde 1984 a 2001 del 73% a sólo el 8%, vale decir, ocho de cada nueve ciudadanos que

⁸ Por lo general, todos los pensamientos disidentes con la ortodoxia hegemónica imperante son «progresistas» por definición, ya que proponen –lo que no significa que estén dispuestos a implementar tal propuesta cuando se instalen en el Poder– la rápida e inmediata ruptura con el orden establecido.

confiaban en las instituciones parlamentarias –claves para el fortalecimiento del desarrollo democrático sostenido– dejaron de hacerlo. Tampoco este dato puede ser leído como casual o producto de la indiferencia política de la población –la que también ha sufrido una caída sistemática en su capacidad adquisitiva, como veremos más adelante– sino que es el resultado de prácticas legislativas que, en síntesis, pueden ser calificadas como corruptas (Rodríguez Kauth, 2001), ineficaces e ineficientes. Es decir, los parlamentarios han estado legislando de espaldas a los intereses nacionales y populares y de cara a la defensa y protección de sus intereses personales, que a su vez son protegidos por las grandes corporaciones transnacionales.

Sin dudas que esto se contrapone con las enseñanzas de quien puede ser considerado el padre del liberalismo económico –o del capitalismo contemporáneo–, A. Smith (1759), quien sostenía que «[...] el sentir mucho por los demás y poco por nosotros mismos, el restringir nuestros impulsos egoístas y fomentar los benevolentes, constituye la perfección de la naturaleza humana». Smith, con estas palabras, se refería a «todos» los humanos, lo cual incluye supuestamente también a los legisladores argentinos, quienes prefieren actuar protegiendo los intereses del capital internacional o transnacional en abierta oposición a los intereses de sus electores que confiaron en ellos.

Asimismo, según la encuestadora mencionada, la credibilidad en los funcionarios políticos cayó en igual espacio temporal 10 veces, de un 50% que se sostenía en el mismo período a solamente un 5%; esto es sintomático de que no es dable observar independencia entre los poderes legislativos y ejecutivos, ya que pareciera –y también lo es– que los primeros obedecen órdenes de los funcionarios del Ejecutivo y, cuando no lo hacen, es porque responden a intereses extraparlamentarios, como son los de las grandes corporaciones transnacionales –ya sean financieras o económicas–, que a su vez hacen sentir su influencia decisiva sobre el Poder Ejecutivo, con lo cual se cierra un círculo vicioso de corrupción política y del discurso político –y de falta de lealtad para con los electores. Vale decir, se ha producido una suerte de fractura entre el todo y las partes que lo constituyen.

Esta disminución en la confianza popular sobre los quehaceres de quienes tienen a su cargo la responsabilidad de lo público no es patrimonio exclusivo de los organismos oficiales –entre los cuales

también caben en las generales de la ley enunciada de pérdida de confianza la policía, la justicia y el sistema educativo; a la vez que las organizaciones religiosas elevaron mínimamente su apreciación en la consideración poblacional⁹ sino que también afecta a las empresas privadas¹⁰, las cuales cayeron casi un 50% en la confiabilidad pública, es decir, del 36% al 19% en el período considerado por la encuestadora en cuestión.

Todos estos datos se confirman y pueden reunirse en uno sólo, el cual señala que el interés por la política –como objeto de la atención pública– se ha visto reducido de manera sistemática y sin altibajos desde el 43% al 26% en la percepción y preocupación de los ciudadanos. Como resumen de esta larga consideración estadística¹¹ puede concluirse que la política –como acción partidaria– ha dejado ser un objeto de atracción para el foco atencional de los ciudadanos argentinos. Fenómeno que no deja de ser preocupante en cuanto abre las compuertas para el flujo de corrientes de pensamiento antidemocráticas que, de una manera indirecta y sin hacer referencia explícita a ello, alientan salidas a la crisis que no se ubican dentro de aquel encuadre.

La somera exposición de todo este panorama poco alentador para el futuro democrático del país es el que ha provocado aquel juego mencionado del perro que girando en derredor suyo se muerde la cola a sí mismo. Si el electorado demanda solamente conductas honestas y transparentes, entonces eso es lo que se les ofrece, aunque bien se encargan los políticos de no dar cabida a pensamientos que profundicen en

9 Esto posiblemente obedezca al camino zigzagueante que ha tomado habitualmente la Iglesia hegemónica en nuestro país –la católica– en cuanto a la consideración de temas sociales y económicos, ya que mientras el episcopado ha mantenido serias críticas a la política de exclusión social, en su discurso hierofánico contradictorio (Rodríguez Kauth, 1998), no por eso han dejado de oírse las palabras de obispos que lo apoyan.

10 Que durante la década de los años noventa han hecho pingües negocios –negociados– con el proceso de privatizaciones que puso en marcha el gobierno de Menem.

11 A la cual pueden y deben sumarse la de la creación de diferentes espacios en la red de Internet que sugieren la adhesión a propuestas de reducir la acción política a su mínima expresión, que representan mucho gasto en épocas de crisis y en las que se proponen la reducción drástica de representantes populares y de sus prebendas. Lo cual es un arma de doble filo, ya que en el ánimo de más de uno de quienes hacen tales propuestas está el del retorno a las épocas en que «las urnas estaban bien guardadas» –como dijo el ex dictador J. C. Onganía en 1976– o en que directamente toda la actividad política quedó en manos de los militares, tal como sucedió durante la última dictadura de 1976 a 1983.

tácticas y estrategias que conduzcan a una superación de la realidad que aqueja a ambas partes de un todo indisoluble en la vida política: electores y elegidos.

Ya son cosas del recuerdo de los más ancianos habitantes del país –desde donde me ubico para escribir y vivir– la existencia de campañas electorales en que los discursos estaban plagados de propuestas –es verdad, muchas de ellas contradictorias entre sí– con programas alternativos de gobierno. Las tribunas –o barricadas para el discurso– se levantaban en cualquier lugar: la esquina más populosa de una barriada, a la salida de una fábrica, en las plazas públicas y, aunque parezca extraño, hasta en un púlpito para criticar al párroco de la iglesia¹². Es decir, cualquier espacio y momento era propicio para levantar las banderas programáticas que se sustentaban y que se proponían al electorado, aunque no necesariamente de una manera pacata, sino poniendo énfasis en las palabras y conmoviendo a los oyentes con propuestas que calaban hondo en las fibras más profundas de la sensibilidad de los asistentes. Prácticamente no existían las consignas reduccionistas y simplificadoras, sino que el discurso pretendía que fuera pensado y sentido por el oyente y no que fuera repetido al mejor estilo en que lo hacen los loros.

A modo de conclusión resta señalar que resulta obvio que con esta presentación no he pretendido tener los alcances rigurosos de lo que se conoce como Técnicas de Análisis de Contenido, en el sentido dado por Lazarsfeld y otros (1944), y más recientemente por Montero (1991), sino que simplemente he realizado un recordatorio de los términos empleados con más frecuencia por los candidatos en sus campañas electorales en la actualidad. Ellos, con tal de ganar el favor del electorado, hacen y dicen lo que creen que el elector quiere oír, aunque haciendo oídos sordos a los reclamos que provienen de las calles y los barrios. Y, en resumen, salvo los candidatos de la minoritaria izquierda, que se distinguen por su combatividad expresiva, el resto repite siempre el

12 Esto lo hizo –hace más de un siglo– el joven librepensador José Ingenieros, que a los 19 años enfrentó al cura párroco de la localidad de Magdalena en una confrontación verbal donde llegó a subirse al púlpito para replicar al sacerdote y arengar desde allí a los fieles que lo miraban entre temerosos, extrañados y alborozados. Ahí, con energía defendió al socialismo que había abrazado, a la par que se defendió de las injurias con que el párroco había atacado su pensamiento (Rodríguez Kauth, 2001b).

mismo sonsonete de presentación: dicen que van a ser laboriosos, honestos, pacíficos, cumplidores, «buenos», etc. Vale decir, no hacen más que expresar el deber ser de un dirigente político, de quien no se puede esperar que sea menos que todo aquello que señala, pero de quien sí se debe esperar que sea mucho más que solamente lo que un deber ser raquíutico le está demandando –en términos de la opinión pública que pareciera que se conforma simplemente con la superación del ser habitual– para pasar a convertirse en un ser de propuestas creíbles, en cuanto a la factibilidad de su concreción. Esto último está expresado en términos kantianos (1781), en cuanto el deber es «[...] hablando con propiedad un querer que sirve para cualquier ser racional, con la condición de que en éste la razón sea práctica sin obstáculo».

Pareciera que la razón de la ciudadanía electoral argentina estuviera obstaculizada en sus posibilidades prácticas, ya que solamente demanda condiciones y propuestas políticas que no son prácticas –sobre todo en momentos en que se atraviesa una crisis política, económica e institucional que presenta un panorama sombrío y de final abierto, casi apocalíptico para fines del 2002¹³– sino que deben ir de suyo asociadas al quehacer político en cualquier momento y de cualquiera que pretenda desempeñar tal actividad. Sin dudas que esta realidad, que se retroalimenta dialécticamente, no augura un futuro promisorio para la «clase política» ni para la ciudadanía respecto a poder salir con éxito de la crisis en que estamos inmersos y que a diario nos ahoga un poco más.

¹³ La crisis económica –producto de una objetiva crisis política de dirigentes virtuales– hizo eclosión en diciembre de 2001 y arrastró no solamente al país a «la virtual cesación de pagos», según la explicación del Ministro de Economía el 9 de diciembre al anunciar el enésimo plan económico para salir de la crisis sino fundamentalmente condujo a la población a los más altos índices de miseria y pobreza que hemos conocido en nuestra historia. También para los primeros días del 2003 asistimos atónitos a una disputa interna dentro del peronismo gobernante que hace trastabillar a la institucionalidad democrática poniendo en juego –por las disputas internas del partido de gobierno– la posibilidad cierta de que se efectúen las elecciones convocadas para el 27 de abril.

BIBLIOGRAFÍA

- CHERESKY, I. (2002). Autoridad política debilitada y presencia ciudadana de rumbo incierto. *Nueva Sociedad*, N° 179, Caracas.
- ESTEFANÍA, J. (1997). *Contra el pensamiento único*. Madrid: Taurus.
- KANT, E. (1781). *Crítica de la razón pura*. Valencia: Cosmos, 1976.
- LAZARSFELD, P. F., BERELSON, B. & GAUDET, H. (1944). *El Pueblo Elige*. Buenos Aires: Ediciones Tres, 1962.
- LUNA, F. (1993). *Breve historia de los argentinos*. Buenos Aires: Planeta, 1997.
- MAGALLANES, L. y otros (1993). Aporte experimental al conocimiento psicosocial de la alienación. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, Vol. 39, N° 3. Buenos Aires.
- MAJUL, L. (2002). *La Iluminada*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MONTERO, M. y otros (1991). *Acción y Discurso. Problemas de Psicología Política*. Caracas: Eduven.
- MOSCA, G. (1926). *La clase política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- OBLITAS GUADALUPE, L. & RODRÍGUEZ KAUTH, A. (1999). *Psicología Política*. México: Plaza y Valdés.
- PARETO, W. (1916). *Escritos Sociológicos*. Madrid: Alianza, 1987.
- POULANTZAS, N. (1967). *Hegemonía y Dominación del Estado Moderno*. México: Grijalbo, 1982.
- RODRÍGUEZ KAUTH, A. (2002). La crisis que se vive en Argentina. *Debats*, N° 77, Valencia.
- (2001a). Corrupción en la Justicia y en el Senado argentino. *Probidad*, N° 13, El Salvador.

- (2001b). *La peluca de la calvicie moral. Semblanzas de la Vida y Obra de José Ingenieros*. Amertown International.
- (2000a). *El Discurso Político (La caída del pensamiento)*. Buenos Aires: Espacio.
- (2000b). Uso y abuso de las encuestas de contenido político en 'Nuestra' América. *Psicología Contemporánea*, Vol. 7, N° 2, México.
- (1999). La Corrupción y la Impunidad, leídas desde la Psicología Política. En *Oblitas y A. R. K.*
- (1997). *De la Realidad en que Vivimos... y otras cosas*. San Luis: Ed. Universitaria.
- (1992). Lectura psicosocial de los resultados electorales en Argentina durante 1991. *Utopía*, N° 4, Buenos Aires.
- SMITH, A. (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza, 1997.
- WEBER, M. (1929). *El Político y el Científico*. Madrid: Alianza, 1967.
- WIENNER, N. (1947). *Cibernética y Sociedad*. Buenos Aires: Sudamericana, 1958.